

EL DISCRETO ENCANTO DEL BINGO

ENTRE los discretos encantos de la burguesía española, debe señalarse el bingo. No dejará de haber ignorantes, como yo lo fui, a quienes este nombre les suene extraño. Luego resulta que se trata del juego de salón que conocíamos por lotería.

Más que un vicio, jugar me parece una disciplina nada desdeñable, útil para la convivencia, y así se nos enseñó en ya algo lejanos manuales. Siempre, naturalmente, que sea costumbre moderada, no arrebatada por los excesos. La lotería, como uno comprueba enseguida, reúne, óptimas, las cualidades de urbanidad exigidas por el «Juanito.» Claro que hay diferencias, aunque no sustantivas, entre aquella lotería y el bingo este: Los eternos buscadores del tiempo perdido echamos en falta el chocolate casero; la gracia tontorrón, repetidora, eterna -ahora desplazada por los paneles luminosos- de quien cantaba el 15 como la niña bonita, el 22 eran las dos monjas de rodillas, el 80 se decía el abuelo. Y el actual ámbito de un local social nos sobrepasa por lo numeroso.

Hasta que un día, lo relativo de las dimensiones nos hace cambiar de idea. 7.000 personas jugando al bingo es un espectáculo que impone respeto. Estaban en un inmenso auditorio de Quebec, lleno hasta la bandera, y ya lo prometían las calles todas del distrito, cubiertas de coches muy largos. Un parque que allí mismo iba a ser incrementado con el «Pontiac Astro» que se jugaba -uno entre los premios- sobre cartones gobernados por la electrónica.

La fiesta canadiense no me sirvió de ningún descanso, y ahora me gusta estar de vuelta a donde las montañas son tan bellas aunque no tan grandes, los valles tan verdes pero con menos aforo, las distancias más hechas a la medida del hombre. Y el bingo del casino de mi pueblo, una reunión que hasta me parece familiar. Como que sólo junta a doscientas personas.

De rapsodas

¿Qué se ha hecho de los recitadores, los recitadores por antonomasia, los recitadores de poesía? Ahora que lo pienso, se trata de una clase de disminución, tanto en el área de la profesionalidad artística -Berta Singerman, que lo hacía de vestal: González Marín, Carmina Morón, Pío Fernández Cueto... -como en el broche de bodas y bautizos, donde solía arrancarse el espontáneo; con «el Piyayo» como pieza

obligatoria, y luego, facultativamente, lo que Dios quisiera y el público aceptara aguantar.

La poesía, ahora, se compone más para ser leída que proferida. Y cuando ocurre lo último, es en boca del propio autor, que acaso acepte «leer» sus... versos, pero jamás «recitarlos». Esto pone sobre ascuas a los organizadores de juegos florales provincianos, aunque raramente de forma tan explícita como declara el Hogar Manchego de Valencia, en una deliciosa convocatoria que tuvo la ocurrencia de recortar: «En el acto de entrega de premios, los trabajos seleccionados serán dados a conocer al público por voz de rapsoda profesional, que oportunamente habrá sido asesorado por el poeta galardonado, salvo en el caso de que el autor sea reconocido como recitador destacado»

En fin, si vengo a estas elucubraciones es porque en la ciudad del Pisuerga me sorprende la llamada del V Concurso de Recitadores Inéditos. «Al que podrán presentarse todos los productores, sus esposas y sus hijos, mayores de 16 años». Valladolid cuenta ahora mismo con un compacto censo laboral, y el cálculo de probabilidades abona la esperanza de que en tal masa de obreros se encuentren rapsodas merecedores de los laureles públicos. Para su actuación –esto sí-, deberán atenerse a la legalidad vigente (en las bases del concurso) o sea: «No podrán acompañarse de sonidos extraños a su propia voz». Correcto.

El Zaragozano

Los garbanzos arrancados durante el menguante tienen una cocción más gustosa, como deben hacerse en igual fase de la luna las cortas de los árboles para que no se acoronen, leonesismo que alude a la carcoma. Son preciosas noticias que uno aprende oyendo a labradores de ley. El auxilio, pues, lo debe prestar el calendario, y en cualquier caserío está el que se proclama a sí mismo como de mayor circulación, junto a la vera efigie de don Mariano Castillo y Ocsiero, peinado a raya. ¿Y qué más dice el Zaragozano, además de las lunas y el juicio universal meteorológico-astronómico? Porque, ¿se ha ocupado la crítica, convenientemente, de este «best seller» nacional?

El Zaragozano, por de pronto, es un calendario de adhesiones nada equívocas. Ya en su primera tabla mensual nos enseña que al 15 de enero, si consagrado -en minúsculas- a los santos Pablo, Mauro y Benito, corresponde en mayúsculas principales la Toma de Tarragona. De allí en adelante no hay Toma que se le pase. Barcelona. Málaga, Teruel (ésta figura como Reconquista), Valencia, Albacete... También el Aniversario del Alto de los Leones, el Decreto de Unificación, el

Desembarco de las tropas nacionales en Algeciras... No menos atiende a lo cristiano, con témporas, velaciones, y el cómputo que abarca áureo, epacta, indicción, romana y otros conceptos no sabemos si deteriorados por las nuevas normas eclesiales. Y en fin, esa clave tan expresiva de los anuncios. El Zaragozano, visitador de cocinas y cuartos de estar españoles prolonga su patriotismo, ahora publicitariamente, animando a opositar para las fuerzas del orden. Y a quien no sienta esta vocación, le ofrece folleto gratuito -contra cupón, córtese por la línea de puntos- conducente a la mecánica de coches, a la maestría de albañil, al pintado de rótulos como Dios manda. (A las féminas, naturalmente, mucho bordado a máquina, que es menester recogido y honesto.)

Desde la portada con don Mariano a la contracubierta con el capital y reservas de un Banco macizo, pasando por cuarenta apretadas páginas, el Zaragozano resulta vademécum ejemplar. Además, acaso en este año pueda ganar mercado, el de las cuatro provincias gallegas (o cinco, según reciente invento de Torrente Ballester), donde «O Gaitero de Lugo» declara no haber encontrado imprenta.

Antonio PEREIRA